

L

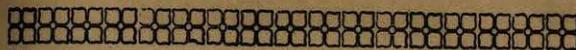
He visto al público de un teatro soltar la carcajada cuando Otelo va a matar a Desdémona. Aquella risa tenía su filosofía, porque puede suceder que un celoso de esa especie que va con el fin de asesinar a la que ama, la despierte para pedirle perdón. Debiera bordarse en la almohada del Moro la divisa que adornaba las rodela de los espartanos: o debajo o encima. ¡Lo uno está tan cerca de lo otro!

LI

Los celos de los sentidos se distinguen de todos los demás, en que surgen por accesos, como las imágenes que los producen. Es una enajenación mental intermitente que nos infligen a sangre fría ciertas mujeres muy perversas. Tenemos para defendernos contra ellas el despreciar su bajeza...; pero desgraciadamente ese desprecio no hace más que activar el deseo, y ellas no se dan cuenta de su bajo proceder.

LII

«—No es uno nunca ni el primero ni el último amante de una mujer.» «—Esto es—decía uno de dos amigos—lo que ha curado mis celos...» El otro le respondió: «—Y a mí este pensamiento me ha hecho sufrir...» El primero hablaba con la cabeza; el segundo, con los sentidos.



MEDITACIÓN XII

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

IV

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

§ II.—*Los celos del corazón.*

Para distinguir pronto los celos del corazón de los de los sentidos, que hemos estudiado en la *Meditación XI*, y de los diferentes celos de cabeza, que estudiaremos en la *Meditación XIII*, ruego al que lea estas notas, forzosamente incompletas, se sirva admitir como demostrada la siguiente proposición:

LIII

Amar con el corazón, es perdonarlo todo de antemano al objeto de nuestro amor.

A este teorema puede servir de comentario la frase que Berta Vigneau me decía en presencia de Coleta, cuando nos contaba las infamias de su amante. «Le agradeceré siempre el que se haya dejado amar por mí...» El motivo que produce esa inacabable bondad característica de un amor sincero es tan fácil de ex-

plicar, como el de la inagotable maldad, propia de los sentidos. Amar con el amor sensual, es desear siempre y sufrir siempre, por no poder saciar esos deseos. Amar con el corazón, es hallar el deleite supremo en la abdicación completa, en la entrega absoluta de sí mismo, y entonces los dolores que al ser amado ocasiona, se truecan en alegrías. Pero quisierais también que nadie hubiera amado de ese modo antes que vos a la persona a quien amáis, ni que nadie tampoco la amase así después, y en esto consisten los celos del corazón. Mas para no eludir el principal deber del observador moderno, es preciso confesar que estos celos del corazón, diferentes por completo de los de los sentidos y de los de la cabeza, son tan raros, como una mujer que no tenga un segundo amante, o como un escritor sin envidia.

Pero se encuentra de todo siempre, con especialidad en París, y tengo ahí entre mis apuntes anotados varios casos singulares de estos celos, alimentados únicamente por la ternura, que pueden hacernos agonizar de desesperación, destrozar una vida entera, consumir toda la voluntad; mas no llegarán nunca a la ferocidad, ni al odio y ni aun siquiera al rencor.

* * *

Primer caso.—Roger Valentín, uno de mis amigos de la niñez, tuvo, algunos meses después de nuestra salida del colegio, relaciones puras e inocentes con una joven más rica que él, a la cual conoció en una excursión que hizo a Pierrefonds. Me acuerdo de la visita que hice a este amigo en 1872; de nuestros paseos por la orilla de los estanques y por los bos-

ques de aquellos contornos; de sus confidencias hechas con su acento lorenés, era de Luneville, bajo la fronda de aquellos árboles, cuyas ramas se movían a impulsos de un aire tan suave, como nuestros sueños de entonces, y de la perspectiva agradabilísima que ofrecía el cielo a través de la enramada. Vuelto a París, Valentín continuó amando a su compañera de algunas semanas de verano, la amó un año, dos, tres y se hizo rebelde a todas las tentaciones de nuestra libre vida. Se me ha olvidado decir que era alumno de la Escuela Central. Después de hacer brillantísimos exámenes, Valentín pidió la mano de su amada. Los padres de ésta, que, como es consiguiente, no se habían enterado de nada, se la niegan, en primer lugar, porque no tenía sino seis meses más que ella, y después, porque no poseía bienes de fortuna. Vino a verme un día, su semblante expresaba una gran tristeza y me dijo con tono muy resuelto:

—Vengo a despedirme de ti.

—¿Te marchas?

—Sí—me respondió—; no puedo casarme con ella ahora...; pero dentro de diez años seré rico, la amaré siempre, y entonces quién sabe...

Acababa de firmar un contrato para Buenos Aires. No habían transcurrido aún diez meses desde que se había marchado, cuando la joven, objeto de su amor, se casaba. Debo advertir que Valentín no la había nunca manifestado de un modo claro sus amores. Temía yo que cuando mi amigo llegase a saber aquella noticia, se moriría de desesperación; pero no sucedió así, sino que por el contrario, trabajando mucho, su posición mejoraba de día en día.

El pedantismo pesimista que me era entonces peculiar, me hizo sentir cierta satisfacción por haber encontrado otra vez un corazón humano en flagrante delito de contradicción consigo mismo.

Algunos años pasaron, la joven aquella enviudó cuando no había cumplido todavía los treinta años, quedándole una niña de su matrimonio. Valentín volvió rico de América, y, según me dijo, seguía amando ahora, como al marcharse, a la que había amado intensamente cuando no tenía más que diez y nueve años, a la sombra de los árboles, «con traje claro en la orilla del agua», como dicen los versos tan bellos de Sully:

La esposa, la compañera destinada a mi corazón,—y prometida a mi amor...

Valentín pidió su mano a esa mujer que, enternecida por tan constante fidelidad, se la otorgó y se casaron. Más tarde he recibido las confidencias de este hombre que se encuentra en posesión de la única mujer que ha querido; pues bien, sería completamente feliz, si no existiera la niña habida por su mujer en su primer matrimonio y que tanto se parece a su padre. «¡Ah—me dijo un día hablando de esa criatura—, no puedo darla un beso sin sentir como pinchazos en el corazón.» Y es porque esa niña que va y viene, con sus risas argentinas, su mirada alegre y sus rubios cabellos, es para Valentín la prueba sin cesar renovada, la prueba viva y parlante de que su mujer ha sido durante algunos años la mujer de otro. Nunca ella ni la niña han sospechado siquiera estos celos del pasado en ese hombre que, no teniendo hi-

jos suyos, adora tanto a aquella niña, como sufría por ella: «Explícame este fenómeno—me decía con lágrimas en los ojos—porque no soy celoso.» Y sin embargo, lo era, no con los sentidos, porque en este caso hubiera aborrecido a la pequeña; tampoco con la cabeza, porque la hubiera aborrecido también y además su amor propio se hubiera resentido.

Ese dolor a la vez resignado y resistente, tierno a la par que triste y sin un pensamiento de reproche ni una palabra de amargura; pero dolor, y dolor incurable, producido por la idea de que su mujer había entregado a otro su virginidad y que ese otro la había hecho madre, son los celos del corazón en toda su miseria y en toda su nobleza. Me decía algunas veces: «No, no soy celoso, quiero a esa niña como si fuera mía y el pensar que no lo es, me hace sufrir.»

* * *

Segundo caso.—Copio exactamente éste de mi diario y su fecha no es lejana: «Miércoles 16 de Marzo de 188... La vida que va más allá que la imaginación en cuanto a sexualidad, va también más allá en cuanto a delicadeza. He ido hoy a casa de madame R..., la antigua amada de S... B... La he encontrado sola, sentada al lado de la chimenea y he estado hablando con ella del casamiento de su amante, casamiento al que ha tenido el valor de asistir, después de contribuir a que se verificase. Me ha contado sus sensaciones y me ha manifestado el horror que siempre ha tenido de que en su amante reemplazara al amor por ella, la compasión. «No he querido—me dijo—que me vea

envejecer.» El hecho es que aquella mujer ha dado uno de los más singulares ejemplos, que yo sepa, de lo novelesco en la coquetería. Cuando hubo conseguido que S... B... consintiera en casarse, le concedió una última cita, y al siguiente día mandó al peluquero que le empolvase el cabello. «Empezaba a blanquear» dijo a sus amigas. Esta fué su manera de probarle que habiéndose concluido sus relaciones con él, se consideraba ya como una vieja. Acababa de cumplir treinta y ocho años.

La estaba yo mirando aquella noche, sentada en una butaca; la blancura de su cabellera la rejuvenecía y me estaba diciendo que el día en que se verificó aquel casamiento, lloró mucho; pero que aquellas lágrimas nada tenían de amargo... «Conozco muy bien a esa joven y tan perfectamente a él, que no podía dudar de que sería feliz con ella, y os confieso que en mi soledad encontraba algún consuelo producido por la idea de que la felicidad de que disfrutaría a cada instante, me la debería toda entera. ¿No comprendéis esta satisfacción, fruto del sacrificio, esta prueba dada a la persona amada, de que nadie, nadie en el mundo la amaré como la habéis amado vos?»

—¿Y no habéis tenido celos nunca?—la pregunté.

—Sí—me contestó después de una pausa—cuando supe que en su viaje de boda, se había detenido en una ciudad en que pasamos juntos cuatro días el primer año de nuestros amores... No hubiera debido hacer esto, se lo he perdonado; pero yo no podría ahora volver allí, sufriría mucho. Hay en aquel rincón de Alemania un paisaje que hemos admirado

juntos... ¿Cómo ha podido hacérselo admirar a otra?»

Luego añadió, después de un momento de silencio:

—Pero, ¿no os parece cosa ridícula en extremo, el no tener celos en totalidad de los actos, de la vida entera de un hombre que se entrega a otra y tenerlos de una sensación que habéis experimentado en su compañía en otro tiempo y que no sé siquiera que tuviera con otra?...

* * *

Tercer caso.—Este es una pequeña comedia, o más el escenario de un sainete de dos personajes, que bien pudiera tener por título la frase de aquel revolucionario: «Solamente los muertos no vuelven.» ¡Pobres muertos! Es cosa horrible hablar mal de ellos; pero ¡es tan cómodo algunas veces, lo mismo en amor que en política y literatura!

ESCENA PRIMERA

El teatro representa el salón de una mujer a la moda en un hotel de la avenida del Bosque de Boulogne y no muy lejos del Arco del triunfo de la Estrella. Muebles adecuados, biombos, bibelots, telas antiguas, divanes con almohadones, lámparas inglesas, etc., etc. (Véanse para más detalles las obras completas de mi amigo Pablo B...)—Una mesa para té de casa de Leuchars. (Véanse las mismas obras.) El espíritu de vino arde debajo de la tetera. Mada-

me de Gesvres, Juana es su nombre, está sola en el salón: tiene treinta años; es muy rubia, con ojos negros de dulcísima expresión. Traje de casa de Doucet. (Véase lo antedicho.) Se pasea a lo largo del salón y mira de cuando en cuando un microscópico reloj que pende de su pulsera. (Siempre lo antedicho). Habla consigo misma en voz baja.

«Las cinco... Dentro de algunos minutos se encontrará aquí. ¿Qué me dirá?... La última vez que estuvo en este salón, hace de esto quince meses, ¡quince meses ya!, Marta se hallaba presente... ¡Pobre Marta... cuánto le amaba!... Aquella misma noche salía él para América y se despedían otra vez en mi casa, después de haberse despedido ya por la tarde... Sí, cuánto le amaba, hasta sacrificarse, puesto que le exigió que se marchase para no perjudicarle en su carrera. Nunca se debería amar a un diplomático, cuando se tiene un corazón como el que esa mujer tenía... Y él, ¡cuánto la amaba también al parecer!... ¡Y dos meses más tarde se moría ella!... Desde entonces no me ha escrito él tres veces, a pesar de que represento cuanto le resta de ese amor, puesto que he sido la confidente de ambos y la encargada de devolverle sus recuerdos... ¡Vamos, la habrá olvidado!... ¡Ah, los hombres son todos iguales!... Tengo curiosidad por saber cómo se disculpará... Ese silencio de más de un año y esa esquila que me envía, tan pronto como ha llegado a París, pidiéndome una entrevista, nada bueno presagia... El querer aprovecharse de nuestra antigua amistad para cortejarme, sería una canallada propia de nuestra época... Me miraba antes con unos ojos...

¡Ah!, si viene con estas intenciones, le trataré como merece...» (*Larga pausa*). «Con seguridad, estas son sus intenciones, pocas veces nos equivocamos nosotros en estos asuntos. ¡En fin, veremos; ya sabré cómo he de tratarle!...» (*Hace ademán de escuchar*). «Un coche... Para... Dos toques de campana... Él es...» *Se sienta en el diván, a cuyo lado se halla un velador cubierto con estuches antiguos, cajas con miniaturas, frascos cincelados y retratos en marcos. Toma un libro encuadernado en seda brochada y aparenta leer.*

ESCENA II

La puerta se abre y el criado introduce al caballero, era Raoul Garnier: treinta y cinco años, maneras elegantes, fisonomía varonil y fina. Sus sienes que blanquean, su mirada triste y la expresión de su cara revelan grandes pesares. Está visiblemente conmovido, avanza hacia madame de Gesvres, la coge una mano, se la besa, y con voz ahogada, no pronuncia más palabra que ésta: «Señora».

JUANA.—¡Amigo mío! (*Le toma ambas manos y se las estrecha con interés y francamente...*) ¡Pobre amigo mío!

Silencio. Raoul se sienta en una butaca, algo baja, al lado del diván. Se oye el ruido de la tetera, cuya agua está a punto de hervir, y el chasquido de la leña que arde en la chimenea. La conversación trata en este momento de noticias generales, de chismes de la sociedad, etc. Ambos parecen cortados. Nuevo silencio.

JUANA (*Tomando una fotografía de encima de la mesa y presentándosela a Raoul.*).—¿Habéis visto el retrato de nuestra pobre amiga? Lo he encontrado después de la desgracia... ¿No es verdad que tiene un gran parecido...?

RAOUL.—¡Sí, es ella con todo su encanto...! (*Guarda silencio, y luego, como si se hablara a sí mismo.*) Me parece que era ayer. Estábamos aquí sentados los tres; vos, en el mismo sitio que ocupáis; ella, ahí, a vuestro lado, y yo, en esta misma butaca... y a la misma hora... Nos decíais que tuviésemos esperanza; pero yo tenía el presentimiento de que esta separación nos sería fatal... Me habían prometido en el Ministerio que me llamarían al cabo de seis meses... ¡Seis meses! Hace quince que me marché y no la volveré a ver nunca, nunca...

JUANA (*Arruga imperceptiblemente el ceño escuchando al joven; pero mueve la cabeza como si estuviera conmovida.*).—¡Qué grato me es el oír os expresar de ese modo! Por lo visto, existen todavía sentimientos verdaderos en el mundo; perdonadme si os hablo así..., es que, no recibiendo en tantos meses ninguna noticia vuestra, creí que habíais olvidado a nuestra querida Marta, y yo, que sé lo que erais para ella, sufría por este olvido... Veo que me había equivocado...

RAOUL.—Tenéis razón, señora, he obrado mal, lo reconozco...; pero, ¿qué podía yo escribiros...? Después de la fatal noticia del fallecimiento, he estado semanas y meses sumido en una desesperación tal, que me faltaba la energía para todo. Me quedé estupefacto, y por poco me vuelvo loco. No podía creer

que fuese verdad que aquella mujer que conocí tan cariñosa y tan amante, no me miraría ya, ni me hablaría jamás, ni me amaría... Luego, cuando os servisteis mandarme el paquete de cartas que ella os entregó para mí, quise apaciguar mi dolor haciendo revivir el pasado... ¿Sabéis cómo...? Cada día buscaba yo en esa correspondencia la huella de lo que hacíamos; de lo que pensábamos el año anterior en la misma fecha y a la misma hora, o en el otro, en el primero... Esto me producía una especie de alucinación, que me devolvía a Marta viva por algunos minutos y algunas veces por una hora... Creeréis que al mismo tiempo que evocaba lo pasado, éste me asustaba... Sí, tenía miedo de volver a París, de volver a ver mi cuarto adonde Marta había ido tantas veces y de veros también a vos... ¡Cómo ha latido mi corazón cuando recibí vuestra esquela, en la que me concedíais la entrevista que os había pedido...! Iba, pues, por primera vez después de su muerte a hablar de ella... Pero, ¡qué mal hacía en temer, pues se siente tanto consuelo cuando expresa uno su pena en alta voz...! Ya lo veis, la amo como la amaba el primer día... Desde el momento en que la conocí, no ha habido para mí en el mundo más mujer que ella... Hace un año que ha muerto, y me sucede lo mismo; esto durará muchísimo tiempo...

JUANA (*Ha arrugado de nuevo el entrecejo y se ha mordido los labios, mientras ha estado hablando Raoul. Su pie, que avanzaba en el taburete, se ha encogido en su zapatito de charol y se ha escondido. Él no se ha apercibido de ese manejo.*).—¡Dios mío, por qué no puede ella oír os...! Ella también me de-

cía: «—Él me lo ha hecho olvidar todo.» ¡Ay! nadie la había mimado antes de que os conociera...

RAOUL.—¡Casada a los dieciocho años casi a la fuerza, y con qué clase de hombre...! ¡Ah! si no hubiera sido por su hijo, la hubiera yo arrancado a esa vida.

JUANA.—Sí, esos casamientos son los que nos pierden a nosotras, pobres mujeres... Comprendemos que se nos desconoce, somos desgraciadas y nos sucede lo que a la infeliz Marta; nos entregamos a algún libertino sin corazón que representa una comedia amorosa, y después somos todavía más desgraciadas que antes, porque nos despreciamos nosotras mismas... Y luego, cuando sufridos tantos desengaños encontramos un verdadero y sincero amor que cicatriza todas nuestras heridas y cura todos nuestros dolores, la muerte nos arrebató de este mundo... (*Silencio.*) Pero, estoy renovando todos vuestros dolores... y los míos... ¡Vamos! hablemos de vos ahora, decidme lo que pensáis hacer; mas antes permitid que os ofrezca una taza de té. (*Se levanta y se dirige hacia la bandeja.*) ¿Os gusta fuerte o flojo? ¿Pongo dos terrones de azúcar o tres?...

RAOUL (*Las frases que Juana acaba de pronunciar le han hecho fijar en ella una mirada estupefacta. Se levanta y parece embarazado para hablar.*). —Muy flojo—contesta—, un terrón. (*Moja los labios en la taza y habla otra vez de cosas indiferentes; luego dice con timidez:*) —En efecto, parecía haber sufrido rudas pruebas...

JUANA (*Siempre en pie y preparando su taza de té:*). —Muy duras...

RAOUL.—¡Cuántas veces al verla tan triste quise interrogarla!... Mas nunca me atreví.

JUANA.—Reconozco en eso vuestra delicadeza... Pero puedo aseguraros que nunca os mintió. Desde el día que os reconoció por dueño, nada ha tenido que ocultaros...

RAOUL (*Sus manos tiemblan, deja la taza sobre el velador. Nuevo silencio.*). —Señora...

JUANA.—¿Qué tenéis? Tembláis, me estáis asustando...

RAOUL.—Perdonadme... Pero no puedo creer que he comprendido bien lo que me decíais hace poco... De modo que Marta...

JUANA (*Con estupefacción perfectamente simulada, aparenta conmoverse y pronuncia frases entrecortadas.*). —¡Ah! Ya adivino... ¡Qué he hecho, Dios mío!... ¿Nada sabíais?... Y yo soy la que... ¡Ah! Desgraciado...

RAOUL (*Con voz sorda.*). —¿De modo qué es cierto? ¿Tuvo otro amante antes que yo?

JUANA.—No me preguntéis nada, porque no os contestaría. ¡Ah, si hubiera podido sospechar!...

RAOUL.—¡Antes que yo!... Alguno que conozco, sin duda, que encontraba en su casa, a quien daba yo la mano... ¡Ah, Dios mío, Dios mío!... (*Se deja caer en una butaca y se aprieta la frente con ambas manos. Juana le mira y quiere hablarle. Él no la escucha, ni tampoco la deja tiempo de hacerlo. Tomando su sombrero y levantándose.*) Tenéis razón, señora, nada más tengo que preguntaros... Dispensadme si no me siento con fuerzas para continuar nuestra conversación. No podéis comprender el mal que me ha-

béis hecho... La culpa no es vuestra... Os pido permiso para volver... pronto... Adiós, señora, adiós...
(*Se inclina delante de ella, sin darle la mano, como aquel que teme echarse a llorar, y sale.*)

ESCENA III

JUANA (*Mientras que Raoul ha estado hablando, ella se ha quedado inmóvil y muy conmovida. Oye el ruido del coche y se pasa las manos por la frente como despertándose después de una pesadilla.*)
—No, no, no... Yo no he hecho eso, es demasiado horrible... Pronto, pronto, papel, pluma y tinta. (*Se sienta en su buró detrás de un biombo de cristal.*) Es preciso que le escriba para pedirle perdón... ¡Ah, cuánta maldad encerramos en nuestra alma!... Ese dolor... ese amor... He tenido celos, unos celos atroces. ¿Le amaré acaso? ¿Qué mala idea ha atravesado mi espíritu para revelarle lo que con tanto cuidado le había ocultado ella? Y luego... Voy a pedirle que me perdone esta infame delación, a jurarle que es mentira... (*Empieza a escribir una carta, y la rasga; comienza otra, y la rompe; una tercera, y la inutiliza también.*) No, no puedo. (*Muerde distraída la perla con que termina su portaplumas de oro.*) Y lo ha creído en seguida, sin un dato..., sin una prueba... ¡Pobre Marta!... (*Se levanta y cierra el buró.*) Decididamente no tiene más que lo que se merece. ¡Sin una prueba!... En verdad que los hombres son por demás ligeros...

* * *

Y bien, ¿cómo he adivinado yo la pequeña infamia cometida por la rubia de ojos negros de la avenida del Bosque de Boulogne, contra la memoria de su pobre amiga?... Lo cierto es que conozco esa femenil maldad y la ofrezco al primer dramaturgo que quiera aprovecharla para escribir un drama. Es un secreto mío que nunca conoció Raoul. Bien se deja ver que este joven no había meditado jamás sobre la siguiente observación:

LIV

Se hallan muchas mujeres que nunca quitarían a una amiga ni su amante, ni su marido. Esta es su honra profesional; pero pocas se encuentran que sobrelleven sin disgusto el amor exclusivo, absoluto de un hombre para su amiga; ninguna hay que tolere semejante sentimiento.

La verdad es que, desde aquella conversación, el enamorado de Marta cayó en el estado más extraño de dolor que yo haya visto en mi vida. Tenía celos del pasado de una muerta y me describía su pesar en una carta, que he leído muchas veces: «—Hubiera debido—me decía—no salir de París, como lo hice después de esa horrible revelación, sin volver a ver a madame de Gesvres, saber el nombre de aquel amante y también los motivos que esta mujer tenía para envenenar de ese modo mis recuerdos. Mas..., ¿qué hubiera conseguido?... He pensado sobre cuanto pudiera haber hecho mi infeliz amada, y se lo he perdonado. Los celos, que tanto me hacen sufrir,

querido amigo, no tienen nombre, y consisten en considerar que no fuí yo el primero en gozar de las sensaciones espontáneas y voluntarias de su corazón. ¿Será esto, ni más ni menos, que un resultado de mi egoísmo? Pero no, no es así, y para que te convenzas, te diré que lo que envidia a ese desconocido son los años que tuvo para amarla, para hacerla olvidar la tristeza de su vida, con la circunstancia agravante de que todo ese tiempo empleó en atormentarla, cosa que contrasta mucho con el poco que yo tuve para hacerla feliz...»

¡Pobre Raoul, desdichada Marta!

Esta confesión, que ocupa algunas páginas, ¡cuántas he recibido y hecho iguales!, me ha servido, con los dos primeros casos citados y con otros semejantes, para establecer como probable ese paralelo entre los celos de los sentidos y los del corazón. A éstos los determina el acto de pensar en los sentimientos de amor que en otro sér desvuelve el corazón de la mujer a quien amamos, mientras que los que provienen de los sentidos tienen por principio la imagen de las placenteras sensaciones materiales producidas por otro individuo en la persona objeto de nuestro acendrado cariño.

Así es que los celos del corazón no se desvanecen, como los de los sentidos, por la presencia y por la posesión. Aquellos abrazan el pasado y el porvenir, precisamente porque la vida del corazón se compone, no sólo de recuerdos, sino también de anhelos, y quisiéramos que el alma de la mujer de quien estamos enamorados nos debiera todas sus dichas pasadas y futuras, siendo esta la causa de que los celos

del corazón no se presenten por intermitencias como los de los sentidos. Los celos físicos se manifiestan por crisis, los del corazón por una continua melancolía, y a veces ocasionan la muerte. Los celos de los sentidos se exageran cada vez más en materialidad, los del corazón se afinan más y más en el sentimiento; aquéllos pertenecen más bien al sexo masculino, y éstos al femenino. Los celos de los sentidos presentan la anomalía de que los individuos que los experimentan pueden ser desleales, en cierto modo sinceros, pues se da el caso de que un hombre experimente furiosos celos de una mujer, y, sin embargo, la engaña sin el menor escrúpulo. ¡Cuántas amantes se han visto celosas del corazón, sobre todo, siendo casadas, que han rehusado vengarse del infiel, ni aun siquiera valiéndose de la más inocente coquetería! «Si permitiese yo que me cortejasen, decía una de ellas, me parecería a él...» La vida del corazón es la de las infinitas sutilezas y de las susceptibilidades íntimas de un alma, cada vez más enfermiza. En fin, si los celos de los sentidos tienen por resultado excitar el deseo, los del corazón lo apagan algunas veces para siempre. Una amante celosa, por ejemplo, de este último modo, se hace incapaz de sentir ningún deleite en los brazos de aquel a quien ama...

Pero, para agotar las diferencias que existen entre estas dos clases de enfermedades morales, sería menester escribir un tomo entero, cuyas páginas no comprenderían aquellos que no han amado más que con los sentidos, y ¿de qué nos serviría convencer a los demás? Prefiero concluir con esta reflexión que, ver-

daderamente para todas las clases de celos, lo es especialmente para los del corazón:

LV

La razón nos dice: «Una mujer que os inspire celos, no merece que la améis; por lo tanto, los celos son absurdos.» El corazón responde: «Precisamente por eso es por lo que estoy celoso.» Y añade algunas veces para sí: «y por lo que la amo.»

MEDITACIÓN XIII

FELICIDADES CONTEMPORÁNEAS

IV

LOS DESASTRES (CONTINUACIÓN).—LOS CELOS.

§ III.—*Los celos de la cabeza.*

¿Sentenciaríais a Otelo, si fuerais jurado? Yo sí, ciertamente, porque el crimen ocasionado por la pasión, considerado bajo el punto de vista social, me parece más temible que ningún otro. Pero si yo fuese su amigo, tal vez lo sería con mayor intimidad después de su delito, porque más que nunca le creería sincero; sobre todo si hubiese él procurado seriamente matarse también... ¡Qué original aparecería entonces! Me inspiraría, de seguro, mucha compasión. Con esto quiero decir que los *celosos de los sentidos* me parecen maniáticos capaces de las más peligrosas locuras; pero también desgraciados que ni son despreciables ni ridículos. En cuanto a los *celosos del corazón*, no hay dificultad en convenir que